

DOCUMENTO DE DISCUSION POLITICA

Agrupación 17 de Octubre

ROSARIO, JULIO 88

Tengo miedo del encuentro
con el pasado que vuelve
a enfrentarse con mi vida
tengo miedo de las noches
que pobladas de recuerdos
encadenen mi soñar

.....

y aunque el olvido, que todo destruye
haya borrado mi antigua ilusión,
guardo escondida una esperanza humilde
que es toda la fortuna de mi corazón.

Por qué cantamos

Si cada hora viene con su muerte
si el tiempo es una cueva de ladrones
los aires ya no son los buenos aires
la vida es nada más que un blanco móvil

usted preguntará por qué cantamos

si nuestros bravos quedan sin abrazo
la patria se nos muere de tristeza
y el corazón del hombre se hace añicos
antes aún que explote la vergüenza

usted preguntará por qué cantamos

si estamos lejos como un horizonte
si allá quedaron árboles y cielo
si cada noche es siempre alguna ausencia
y cada despertar un desencuentro

usted preguntará por qué cantamos

cantamos porque el río está sonando
y cuando suena el río / suena el río
cantamos porque el cruel no tiene nombre
y en cambio tiene nombre su destino

cantamos porque el niño y porque todo
y porque algún futuro y porque el pueblo
cantamos porque los sobrevivientes
y nuestros muertos quieren que cantemos

cantamos porque el grito no es bastante
y no es bastante el llanto ni la bronca
cantamos porque creemos en la gente
y porque venceremos la derrota

cantamos porque el sol nos reconoce
y porque el campo huele a primavera
y porque en este tallo en aquel fruto
cada pregunta tiene su respuesta

cantamos porque llueve sobre el surco
y somos militantes de la vida
y porque no podemos ni queremos
dejar que la canción se haga ceniza.

¿Qué es una Carrera de Comité? -preguntó Alicia.

-Bueno -dijo el Dodo-, la mejor forma de explicarlo es hacerlo.

Primero señaló la pista, una especie de círculo ("No importa la forma exacta" dijo); después, toda la asamblea fue ubicada en el curso de esa pista, aquí y allá. No hubo ningún "¡Uno, dos, tres!": empezaban a correr cuando tenían ganas, y paraban cuando querían, de modo que no era fácil saber cuándo había terminado la carrera. Sin embargo, después que corrieron una media hora y cuando ya se habían secado por completo, el Dodo gritó repentinamente:

-¡La carrera terminó! -y todos se agruparon alrededor de él, jadeantes y preguntando:

-¿Pero quién ganó?

El Dodo no pudo responder a este enigma sin un gran esfuerzo mental. Mientras los demás aguardaban en silencio, por fin dijo:

-Todos ganaron y todos deben recibir premios.

-¿Pero quién es el que da los premios? exigieron a coro.

-Ella, naturalmente -dijo el Dodo, señalando a Alicia con un dedo, y todos se agruparon alrededor de ella, gritando confundidamente-: ¡Premios! ¡Premios!

A Alicia no se le ocurría qué hacer. Desesperada metió la mano en el bolsillo, sacó una caja de confites y los ofreció en derredor como premio.

-Pero ella también debe tener un premio -dijo el Ratón.

Por supuesto -asintió muy gravemente el Dodo, y volviéndose hacia Alicia le preguntó-: ¿Qué otra cosa tienes en el bolsillo?

-Sólo un dedal -dijo Alicia con tristeza.

-Pásamelo -dijo el Dodo. Y enseguida -Te rogamos que aceptes este elegante dedal.

El Dodo terminó este breve discurso y todos aplaudieron.

Alicia consideró el asunto muy absurdo, pero todos parecían tan serios que no se atrevió a reír.

ALICIA EN EL PAIS DE LAS MARAVILLAS

LEWIS CARROLL

El resultado de las elecciones internas del peronismo fue inesperado.

Ante la proliferación de análisis apocalípticos y/o lúcidas explicaciones a posteriori -ya que todos somos buenos profetas del pasado- se hace necesario realizar algunas reflexiones.

No creemos en la teoría del fenómeno, que intenta explicar el resultado introduciendo o descubriendo inesperados datos en la realidad. Esto equivaldría a aceptar lo irracional como norma, renunciando a entender la realidad. Quien relea "Conducción Política" encontrará largos párrafos del General sobre la necesidad de fundar la acción política sobre bases racionales. Nada de lo que sucedió responde a lo mágico o irracional. Reafirmamos nuestras convicciones más profundas sobre la necesidad de la organización popular para la tarea revolucionaria.

Hemos escuchado ciertos análisis que pintan un panorama desalentador, en el que todo estaría perdido: la gente rechazaría la organización, el camino de la renovación sería inviable en el peronismo, éste se iría al abismo, arrastrando con él al conjunto del país.

Tal vez quienes aseguren ahora que todo está perdido lo hagan porque lo esté para su particular modo de concebir la política, porque hayan confiado demasiado -o solamente- en la construcción de opciones y en planes de tipo exclusivamente electoral-superestructural-partidario como soporte y basamento de su accionar político.

La derrota renovadora/triunfo menemista no obedece a una sola causa o factor.

Destaquemos que la elección fue reñida (53 a 47), lo que permite abrir innumerables posibilidades a la imaginación de quienes gustan con especular sobre que hubiera pasado si no pasaba lo que pasó. Cosa que no haremos. Pero permite también relativizar el peso de cada una de las fuerzas concurrentes y de las distintas maneras posibles de articularlas ante -y antes de- las elecciones.

El carisma de Menem existe, pero ¿qué hubiera pasado si la renovación no le "regalaba" el lugar de la protesta social y se ubicaba ante una interna y no como si se tratase de una elección general? ¿Disponer del aparato nos dejó pegados al alfonsinismo y nos expuso al voto castigo, pero ¿qué hubiera pasado si el aparato se volcaba a fondo? ¿Y si en lugar de De la Sota se le daba la vice a Vernet y las 62 jugaban con Cafiero? Interrogantes sin respuesta y sin sentido, que atacan a los derrotados y se instalan en los vencidos.

Las fuerzas presentes y actuantes en la sociedad no son suprimidas ni generadas por un resultado electoral. El resultado electoral puede sí reordenarlas, potenciando algunas y debilitando a otras. Si el resultado hubiera sido otro -por ejemplo 51 a 49 en favor de Cafiero- Menem hubiera hecho una brillante elección. Podría haber habido fractura o una negociación hasta de la fórmula. Pero no se hubiese conmovido tanto el tablero político.

Es que lo que en realidad implica el triunfo de Menem es que el lugar desde el que se reordenará en esta etapa el peronismo -y con él el conjunto del campo popular- es otro: Menem, y no Cafiero. Y al decir esto no nos referimos, obviamente, a sus personas, sino al "lugar" político que significan, constituido por la perso-

na y sus rasgos, pero también por su discurso e historia, la trama de alianzas que la rodean, condicionan y determinan, por su voluntad y proyecto, por lo que significa para el conjunto y las partes de la sociedad, etc.

Tras el 6 de septiembre, el peronismo comenzó a estructurarse en torno a los triunfadores de la jornada de gloria: los "referentes renovadores". Esto significó

una línea de avance para la militancia, que los había ungido candidatos en y tras la lucha contra las 62, las orgas, el herminismo, los señores feudales provinciales y todos los fantasmas del pasado entronizados en el Congreso de La Pampa.

La elección del 9 de julio significa que el lugar desde el que se reordenará el "mosaico" dirigencial-militante del peronismo es otro, con grandes y sustanciales diferencias respecto del "cafierismo" y la renovación. Seguramente esto "congelará", o más bien actuará tendiendo a congelar a la mayor parte de la militancia más consecuente con el proyecto revolucionario y liberador del peronismo, al tiempo que dará aire a un sinnúmero de oportunistas y resurrectos aparatos (lo que no implica desconocer que existen valiosos militantes del "lado menemista", aunque sean los menos).

Esto no implica que estos sectores ("la militancia") vayan a desaparecer; como un triunfo cafierista no hubiese implicado, por otra parte, la desaparición de los nefastos (y donde dice *cafierista* debería leerse *ordenar el peronismo desde la renovación*).

La renovación implicaba (implica?) una práctica colectiva y estable. Hubiese permitido la consolidación de posiciones importantes a expresiones renovadoras militantes con marcada implantación y/o al menos vocación por lo social. El "menemismo" concentra todo en la persona de Menem y su buen o mal tino, su acertado o desacertado criterio. Sus actitudes irán mostrando si es de gusto que se rodeó de Brito Lima, Guardia de Hierro, el PR, Triacca, Miguel y variados lopezrreguistas.

Tal vez (seguramente) y como contrapartida, el cafierismo hubiese implicado un sesgo clasemedista y posibilista. Menem no estará exento ahora de ese tironeo, como no hubiese estado Cafiero exento del tensionamiento desde "lo social".

Todas las causas y factores que analizamos, entonces, no son descubiertos o existentes tras las elecciones. Todas estaban presentes y en movimiento antes. Y todas nos merecían opinión.

Lo que habrá que evaluar entonces es cuánto y por qué se midió mal. Y por qué midió mal cada una de las partes de la renovación. Esto nos permitirá extraer alguna experiencia y avanzar en algunas caracterizaciones sobre los distintos proyectos -o, mejor, esbozos de proyectos- insinuados en el seno de la renovación (nos referimos a la dirigencia cafierista en su vertiente "cafieradora", en su vertiente "convocatoria" y a la muy mentada y poco precisada "militancia").

Si pensásemos por el contrario que existen factores "nuevos" e "inesperados", estaríamos aceptando el absurdo como norma de vida, careciendo entonces de sentido la militancia consecuente, la organización y el trabajo de base. La locura y el absurdo, el vivir en un mundo kafkiano permanentemente a la espera del suceso inesperado que venga a destruir con un soplo todo lo que hemos estado construyendo con esfuerzo y perseverancia, no parece ser una buena forma de actuar en política (el 10 de julio Clarín publica un dibujo de Sábat en que un Cafiero laborioso que ha venido esculpiendo con esfuerzo una estatua de Perón es madrugado por Menem, que aparece de improviso).

La experiencia indica más bien que en política existen ciertas reglas y que lo absurdo suele ser efímero. Y en general explicable si nos situamos en mejor perspectiva y analizamos las cosas extendidas en el tiempo. Suele suceder que cuando algo se nos presenta irracional es porque posee una racionalidad diferente de la nuestra. Es más probable que nosotros tengamos un mal análisis, un mal método de análisis de la realidad, a que la realidad posea un modo de comportarse perverso y ruin que se burle de nuestros sentidos. En todo caso, como la única verdad es la realidad, lo incorrecto es nuestro modo de concebir la realidad.

¿A dónde apuntamos con estos confusos razonamientos? A que tal vez algunos compañeros que hablan de cierta "irracionalidad" del electorado-pueblo-afiliadoperonista equivoquen en realidad sus concepciones ideológico-metodológicas profundas. Queremos decir: si todos nuestros planes se montan sobre opciones electorales, es decir si tenemos un planteo algo desviado hacia el liberalismo y apostamos a la construcción de alternativas electorales sin tener en cuenta la necesidad de reconstruir estructuras organizativas más participativas y estables, habrá, naturalmente, "pedazos" de la realidad que no encajarán en nuestros esquemas. Porque la realidad desborda ampliamente estas necesarias estrategias. Y lo electoral es sólo un aspecto de esa realidad.

Probablemente cierta dirigencia renovadora participa de concepciones semejantes. Lo dijimos antes y lo decimos ahora. Construyeron una opción de poder, es válida -sigue siéndolo- y la apoyamos desde que surgió. Sincera, leal y decididamente. Pero también dijimos -y mostramos, o intentamos mostrar- que nuestro planteo la excedía en mucho. Las posibilidades de reconstruir el horizonte revolucionario no están hoy por hoy reñidas con estas prácticas; por el contrario, aparecen como necesarias para reconstruir las organizaciones militantes. Pero -y sobre todo ahora, que el 9 de julio pone en duda su mayor virtud: su eficacia contra la patota- es necesario clarificar en la militancia una doble necesidad: por un lado, en lo ideológico-metodológico, avanzar en la caracterización de los "referentes" y su proyecto político y en el ir delineando con seriedad un proyecto superador (no alternati-

vo); por otra parte, en lo político, apuntalar la propuesta renovadora, todavía más necesaria ahora en el peronismo.

ALGO SOBRE MENEM Y EL 9 DE JULIO

Menem tiene un innegable atractivo para un amplio sector de (al menos) el peronismo. ¿Era/es posible cuantificarlo? Seguramente no. Como dijo Grosso tras las elecciones "no creíamos que fuese a traducirse en actitud política".

No es descabellado afirmar que:

a) su prestigio va a incrementarse notablemente tras su triunfo en ciertos sectores (los menos influenciados por la cultura de las clases medias, ya sea en su versión progresista o reaccionaria).

b) ese prestigio-carisma-atractivo fue atenuado por el "cafierismo". Muchos afiliados a los que Menem atraía tal vez hayan votado a Cafiero por considerarlo con más chance contra los radicales, o por las malas juntas de Menem, ejes de la argumentación volcada por el aparato cafierista.

c) difícilmente ese carisma se extienda sobre la clase media, ya que sus rasgos y actitudes (las de Menem) lesionan sus valoraciones estéticas.

d) su liderazgo se asienta sobre el exhibirse como el lugar de la protesta, de la demanda, de lo marginal al sistema, de la esperanza; lugar que, de alguna manera, ocuparon o pretendieron ocupar Alfonsín en 1983 y Cafiero y los renovadores en 1987. Habrá que ver la evolución de ese liderazgo si no brinda soluciones. Ningún liderazgo resiste no resolver lo que representa o pretende representar. Si Alfonsín generó un liderazgo en la clase media que avanzó -aunque efímeramente- sobre sectores más humildes, éste no resistió a la falta de soluciones concretas ni a las claudicaciones vividas y sentidas como tales por esos sectores medios.

e) este liderazgo no es sentido por la militancia, y es dudoso que contribuya a generar una organización estable. No decimos que sea antagonico, y seguramente dependerá mucho de la vocación y capacidad organizativa de Menem, así como de su criterio para proveerse de entornos. El estilo Perón del 73 nos parece irrepetible y desaconsejable.

Menem logró situarse con comodidad en el lugar de la crítica al sistema, del reclamo y la demanda, del folklore y el imaginario popular-peronista. En parte porque es su estilo, en parte porque ese "lugar" existe agudamente en el sistema político argentino (o, si se quiere, fuera de él, tironeándolo, deslegitimándolo). Pero también, y esto podría sí haberse evitado, porque la renovación le regaló ese lugar. Esto le cabe más a la dirigencia renovadora que a la militancia, aunque los males del gerencialismo político se han extendido a infinidad de hasta ayer modestos militantes, que eluden ahora el mote de "trenceros" llamándose "operadores".

Los aparatos que recolectó en su actitud de "juntacadáveres" no alcanzaron a empañar la figura de Menem con su desprestigio, pero aportaron lo suyo -poco o mucho- a la hora de la elección. Esto no significa que los aparatos hayan vuelto a manejar las internas. Nadie duda que el triunfo de Menem fue de Menem. Si el aparato de las 62 mandaba a votar por Triacca, seguramente nadie le hubiera hecho caso. Tras Menem, potenciaron su chance electoral, y en una elección reñida todo suma.

Esta actitud -la de juntacadáveres- es cuestionable como metodología de construcción revolucionaria, en perspectiva estratégica, etc., etc. Pero vale en términos electoralistas. Y teniendo en cuenta el objetivo abiertamente declarado de Menem de ser presidente, es bastante entendible. Por otra parte -y ahora en su descargo- tal vez haya sido obligada ¿quién iba a apostar a él y apoyarlo como candidato?

Ha sido puesta en duda la validez de cierta metodología-táctica-teoría de reconstrucción del peronismo/movimiento nacional: la de ir convocando a cuadros y militantes desde (o a partir de) la reconstrucción-apertura-conquista de espacios partidarios y superestructurales y la mejora-puesta a punto de opciones electorales con creciente (?) nivel de definición política. No decimos que no valga más; decimos que ha sido puesta en duda. Muchas experiencias militantes -innegablemente militantes- han puesto demasiado, cuando no exclusivamente el acento, el esfuerzo, las expectativas en lo partidario; al tiempo que descuidaban lo otro, lo más permanente, lo estratégico, lo que otorga origen y sentido a lo partidario: la participación, la movilización y la organización popular, el trabajo de base, la formación de cuadros, la afirmación permanente de las banderas revolucionarias.

Crecer así, como muchos han hecho, es crecer con pie de barro. Liquidada la opción electoral-partidaria hay que empezar todo de nuevo y de cero. Si por el contrario, apoyándose en estas prácticas y al apoyarlas se construye algo realmente válido, desde ahí se reanuda; hay que reacomodarse y volver a avanzar.

Si entendemos por renovación a cierta práctica política dirigencial y militante expresada-conducida-hegemonizada por los "referentes renovadores", esta capacidad para construir opciones con que enfrentar a la ortodoxia en las internas y desplazar al radicalismo de los gobiernos provinciales, al tiempo que convertir al peronismo en una posibilidad cierta de disputar la presidencia en el 89, este saber-poder electoral ha sido su virtud mayor y -por ausencia de otras prácticas- su limitación más evidente, señalada y costosa. Es lo que aisló a la renovación en su conjunto de lo social, otorgándole a Menem, y con él a lo peor del peronismo, un lugar "legítimo" desde el cual potenciar su accionar. Que estuvo tanto o más impregnado de electoralismo que el de los referentes renovadores.

Para nosotros la renovación no son sólo los referentes. Es el resultado dinámico y cambiante de la interacción de ese proyecto con la militancia. Esa militancia, muchas veces, no hace más que reproducir las características partidario-electoralistas de los referentes, aunque en versión degradada, ya que no aportan -como éstos- comunicación con la gente. En otros casos, la militancia logra plasmar prácticas de mayor contenido "revolucionario", aporte que hace al conjunto. El problema de una organización de masas, sin embargo, sigue lejos, muy lejos, de resolverse. Hasta ahora, y más allá de varios amagues de convocatorias y autoconvocatorias, este proceso se da desorganizada y anárquicamente.

Pero ahí está la mayor posibilidad de organización revolucionaria.

Rosario, 13 de julio de 1988